

A DIEZ AÑOS DE LA MUERTE DE EUGENIO DITTBORN*

Hace diez años asumíamos la difícil tarea de llevar adelante un proyecto liderado y guiado por Eugenio Dittborn. Hace diez años, no entendiendo demasiado los designios de Dios, quedamos a cargo, misteriosamente, de un legado humano, artístico y profesional que en ese momento no alcanzábamos a vislumbrar en toda su magnitud. Hace diez años el Teatro de la Universidad Católica sufrió una gran pérdida, la cual es hoy paradójicamente fuente de una celebración. La muerte de Eugenio Dittborn que hoy no podemos conmemorar sin el sentimiento de dolor que significa la muerte hace tan pocos días de su hija Alejandra, fue el origen de un largo camino a recorrer. De un camino lleno de grandes dificultades en su comienzo y donde los conflictos a vivir no podían vencernos, sino convocarnos a una unidad solidaria para salir adelante.

Hoy, reflexionando en retrospectiva, podemos decir que la Escuela de Teatro no sólo subsistió sino que se afianzó, que el proyecto que E. Dittborn encabezara sigue vivo

y más aún ha logrado desarrollo impresionante. Hoy día hay más alumnos, más profesores, más investigación, más desarrollo en la docencia y en el teatro y materialmente esto se visualiza en la existencia de estas dos salas. Lugares que suponemos habrían hecho muy feliz a Eugenio.

Su estilo profesional y la tendencia hacia decantar un teatro verdaderamente universitario eran una pasión de Dittborn, quien creía que eran las personas que trabajaban en él las fuentes únicas de la energía para llevar a cabo esa tarea. "Estoy convencido —decía— que no se puede trabajar en un arte como éste, sin tener un conjunto de gente que piense lo mismo desde diferentes ángulos, que no sólo tenga un pensamiento artístico homogéneo sino que también comparta la forma de concebir las relaciones humanas...". Es decir, la importancia de las personas que componían el equipo de la Escuela de Teatro y sus modos de vincularse le parecían materias de enorme importancia.

Demás está decir su convicción acerca

* Este recordatorio fue pronunciado por la profesora Consuelo Morel, el 4 de diciembre de 1989, en la Sala 2 del Teatro de la Universidad Católica, a partir de ese momento Sala "Eugenio Dittborn".



Eugenio Dittborn

de afianzar el Teatro Chileno, la importancia que le asignaba a los autores nacionales y muy especialmente a la alta calidad artística. A lo que él denominaba con mucha gracia: "hacer buen Teatro y punto". Y también decía: "Yo estoy muy contento de haber trabajado en la Universidad. A mí me gusta mucho el lugar, la causa. Yo creo que la Universidad es una inversión muy importante del ingenio humano; es muy bueno que exista un lugar de trabajo de ensayo, de dedicación, de permanente estudio, de arte, que trata de es-

tar abierto a las ideas. Donde las ideas se intercambian o se combaten, me gusta mucho eso, y hacer arte en ese ámbito me parece muy adecuado y muy satisfactorio. Yo no podría trabajar si no es en la Universidad. No tendría otro lugar. Las veces que me han contratado fuera, he vuelto a la Universidad; no me cabría a mí hacer otra cosa".

Pero hoy día nos reunimos no sólo para conmemorar un aniversario más de su muerte o su gran aporte a nuestra Escuela o su enérgica capacidad de dirección o su inagotable creencia en el teatro. Nos reunimos, además, para darle su nombre a una de nuestras salas, donde se representa, en general, lo más joven, lo más nuevo y lo más experimental que la Escuela de Teatro desea realizar cada año. Y eso no es casual. Dar nombre, nombrar un espacio físico significa resumir en esa palabra todo un sentido y toda una experiencia vital. El lenguaje contiene todo aquello que en forma a veces oscilante y tenue la mente humana va vislum-

brando de la verdad y de su verdad trascendente.

"Los argumentos y las palabras sólo adquieren valor cuando dan testimonio de una vida vivida en la verdad del hombre, y, por lo tanto, si están referidas a la conciencia que el sujeto tiene de sí". Y la conciencia que tenemos de nosotros como grupo teatral está ligada indisolublemente a la vida y a la muerte de E. Dittborn.

Nuestra mirada, nuestra perspectiva como sujetos enfrentados permanentemente

a una contingencia, está enraigada en una historia, en una biografía, de la cual Eugenio es un símbolo muy central. El vive dentro de nosotros incorporado como parte de nuestros encuentros humanos y como parte de nuestras pérdidas. Sin embargo, vive, y su pérdida ya fue contenida en nuestra experiencia y está en nuestra memoria.

Por ello, fue motivo de desarrollo y no de muerte y es por eso que hoy su nombre es el resumen de un proyecto y de toda visión del hacer teatro. La vida cultural de los pueblos no es más —ni es menos— que experiencias de encuentro entre personas que van intentando descubrir el verdadero sentido de sus vidas en la tierra y ese sentido se va traduciendo en lenguajes y símbolos que forman la base de nuestra identidad. Por eso, hoy el nombre de E. Dittborn se encarna en esta sala de Teatro, otorgándole identidad y dándole un sentido, y se liga entonces, de un modo material e inmaterial a la vez, a toda la representación teatral que se hará en este lugar.

Si es cierto que dar nombre a las cosas permite reconocerlas, recordarlas y transmitir las, también es cierto que ello se constituye en una clave de orientación en el mundo. El nombrar como acto fundante muchas veces, tiene la capacidad de abrirnos a nuevas dimensiones de las cosas y de la realidad.

Por lo anterior, esperamos que el nombre de E. Dittborn, que hoy se inscribe en es-

ta sala, sea capaz de representar siempre un norte y un faro que guíe a las generaciones jóvenes en la búsqueda del mejor quehacer teatral para nuestro país, así como en la búsqueda de la mejor verdad acerca de sí mismos como seres humanos.

Para terminar esta reflexión, quisiera citar unas palabras de Eugenio que tocan en forma muy profunda estos temas y los resumen: "Comencé a hacer teatro en 1950. Dejé mi profesión de abogado. Amo el teatro. Significó mucho en mí. No sólo seguir ciertas aptitudes, sino mucho más: poderme expresar, expresarme no sólo a mí mismo, sino a mis connacionales, al mundo. Y en esto de expresarse, uno muestra la hilacha. Veamos, por ejemplo, 'Paraíso para Uno'. Yo pienso mucho en la muerte, sin tenerle miedo. Para mí, la muerte es parte de la vida. Con la obra de Alfonso Alcalde me enfrenté con dos muertes: la del león y la de Benito. Pienso que hay dos maneras de morir. En una, el instinto se rebela. Se es cogido por la muerte y se lucha, debatiéndose. Es la muerte romántica. Esa muerte se la di al león. La muerte del hombre, en cambio, es un hecho. Sucede. Es la muerte clásica. La que me gustaría tener a mí. Benito está solo, lúcido, sereno. Ha madurado. No teme a nada. Puede decir con seguridad, sin orgullo, 'Es mío el paraíso. El paraíso es mío'".

Consuelo Morel